

LA TRAGEDIA DE STRINDBERG: EL AMOR

**ALEJANDRA RUBIO,
CAROLE MICHELL,
MARÍA PAZ VIAL**
Actrices Escuela de Teatro U. C.

Lo que nos motivó a escoger esta obra fue el indagar en el amor entre un hombre y una mujer. Un amor-desamor en el que se nos revela la esencia de lo masculino y lo femenino.

La Señorita Julia es una tragedia; en ella dos seres no pueden unirse porque pertenecen a dos grupos sociales irreconciliables históricamente. Nuestro énfasis fue puesto, no obstante esto, en otra premisa que interpretamos les impedía unirse: la relación que construyen ambos esa noche se sustenta en un usar al otro como objeto que viene a llenar una carencia, un vacío para con la propia existencia. Lo opuesto a esto sería una relación en la que se percibe al otro como un ser diferente a uno y el acto de amarlo en toda su particular humanidad es un acto libre de la voluntad de dar. ¿Hemos entendido así el amor? ¿Será acaso ésta una de las causas de tantos fracasos en la pareja hoy por hoy?

PERSONAJES

Juan no soporta su condición de siervo. Quiere encontrar dentro de él al hombre libre, aunque él entienda por esa libertad el estar a su vez por encima de otro. Juan quiere comprar esa felicidad, comprar títulos nobiliarios, que le permitan obtener el poder que asocia con tener identidad. El Juan que nosotros construimos difiere del del autor en el sentido en que él busca merecer-

la. El relato del Juan que desea morir tras verla en la iglesia es verídico; más adelante, él lo negará para herirla.

Julia necesita encontrar una identidad femenina, alterada por la crianza de sus padres. Por un lado descende, perdiendo su dignidad en lo destructivo de la relación, usando a Juan para ello, y por otro lado, proyecta en él un hombre que está en su fantasía, cuyo amor le daría una identidad prestada, aliviando así la angustia de no ser. El es para ella el verdugo y el príncipe a la vez.

Ambos no se encuentran porque sustentan su vínculo en un amor-necesidad, como diría Lewis, que no los nutre, sino que les devuelve sus propios vacíos aun más grandes, luego del acto sexual, en un afán de poseer al otro y que lo simboliza como valor que llena la carencia propia. Tras consumir el sexo está la lucidez de la desolación, algo que nos recuerda el concepto de separatividad de Fromm. Tras esto, las utopías del hotel y el "lago de Como" vienen a evidenciar más el abismo irremediable que existe entre ambos, y que ella en su delirio final, sueña con verlos unidos en una imagen que nos sugiere su noción de felicidad, repitiendo las mismas palabras que Juan le dijese: "Eso es vida, créeme".

Juan y Julia son dos seres desolados y perdidos de sí mismos que buscando lo que creían era amor, terminaron descubriendo la verdadera dimensión de su vacío y de su encierro. Julia se mata

y Juan seguirá doblegándose cada vez que la campana suene, hasta envejecer.

Junto a ellos, Cristina tiene una relación armónica con su medio. Ella contiene su ser, es reina de sí misma.

ESPACIO

En el espacio buscamos la desnudez. No nos interesó un tratamiento naturalista en cuanto a explicarnos los personajes a través de su relación con su ambiente físico. La desnudez espacial nos permitió desarrollar una confrontación directa entre los personajes y sus emociones. Los únicos objetos que se ven, y que están presentes a lo largo de toda la obra, son: la lámpara, con sus velas que duran encendidas lo que dura la acción, como un reloj de arena que marca la inevitabilidad trágica, contribuyendo también la luz de las velas a crear la atmósfera de ensoñación de Juan y Julia. Las botas del conde, que el mismo autor pide que estén muy visibles en todo momento, presentes, sugiriéndonos todo lo que los separa fuera y adentro de ellos mismos, lo que los oprime y determina. El astral, con el que Juan matará a la alondra, aquellos aspectos destructivos que germinan en ambos y hieren sus lados más sanos y susceptibles de volverse libres, y por tanto, capaces de amar verdaderamente al otro. La jaula vacía, que contiene una alondra que no se ve, que bien podría ser el espacio entero con su desnudez en pequeño en la obra, y finalmente la navaja, pequeño objeto que Juan entrega a Julia al final. Hay objetos que no se ven y son *usados* por los personajes de una manera en que el objeto viene a ser reemplazado por una acción que se plasma en una imagen símbolo, como ocurre en el brindis.

GESTO

El gesto en el montaje está trabajado de dos formas. Existe el gesto real que lleva el ritmo de la obra y lo que podríamos llamar gesto mágico, que detiene el curso de los gestos reales y hace saltar

la obra a un plano de las fantasías internas de los dos personajes; el ojo del espectador es en ese momento el ojo de Juan y de Julia. Es lo erótico lo que lo gatilla y su forma en el espacio es estilizada y depurada, con un tiempo mucho más lento que el de los gestos reales. Así intentamos crear un contrapunto entre lo que viven los personajes y lo que quisieran vivir. Los gestos son pocos, los estrictamente necesarios y precisos, y están determinados en el espacio simbólicamente en relación a los objetos visibles, especialmente en los gestos mágicos.

Esta economía de gestos también obedece a un querer privilegiar la palabra. En los momentos de más alta tensión dramática, los personajes dicen sin acciones físicas; con ello buscamos que en el espectador se completen las imágenes que se iban proponiendo. Nos interesó la palabra como recurso teatral, ahondar en todas sus posibilidades expresivas a investigar.

A lo largo de nuestros tres montajes, la línea temática central fue el amor en distintos planos vinculares y desde la óptica del género trágico. **Perlimplín**, de García Lorca, **Ifigenia**, de Eurípides y **La señorita Julia**, de Strindberg renuncian a la vida tras haberlo buscado como motor de un cambio interno decisivo. La **Julia** de Strindberg, según indicaciones del mismo autor, sale de la cocina a matarse; en nuestro montaje, a través del gesto final del personaje, dejamos abierta la posibilidad de una auto-conciencia que abra camino a una transformación. Quisimos así que la obra terminara en cada espectador, que cada uno escoja qué hará con su propia Julia interna. Quisimos proponer que el cambio es posible y está en cada uno de nosotros; el símbolo de la Gracia que habla Cristina y que Julia le pide a Juan le diga puede alcanzar no es sino el ser capaz de amar verdaderamente al otro desde un yo mismo que no se destruye ni destruye el vínculo.

Amar al otro desde su humanidad, sólo porque es digno de amor, y esa entrega nos hace libres y nos hace creer en la vida.